

BRIAN W.
ALDISS

Intangibles S.A.

Brian W. Aldiss es un autor que apenas necesita presentación. Nació en 1925 en Inglaterra, inicia su carrera literaria prácticamente a los treinta años, y desde entonces ha publicado una respetable cantidad de novelas y narraciones cortas, que le han situado inmediatamente entre los escritores de primera línea en el ámbito de la ciencia-ficción. Pero así como la ciencia-ficción —en manos de otros escritores de prestigio preocupados por la verosimilitud del relato— discurre en la década de los sesenta por cauces básicamente científicos, Brian W. Aldiss imprime al género, en este mismo periodo, un doble sesgo hacia lo fantástico y lo netamente antropológico. Y es en esta segunda vertiente en la que justamente se inscriben los cinco relatos que componen el presente volumen: la realidad, manipulada por una tecnología sofisticada hasta lo inverosímil, sume al ser humano en un estado de perplejidad e incertidumbre que le incapacita en su enfrentamiento con las cosas. A esto se añaden, además, presiones de todo tipo, derivadas de la vida en enormes concentraciones urbanas, la pérdida de contacto con la naturaleza y la desintegración progresiva de la sustancia social, todo lo cual contribuye a dislocar la lógica de la conciencia y sumerge al hombre en un mundo inconsistente, hecho de alucinaciones. En este sentido «*Planeta Neandertal*» es el grito de la misma especie humana, que brota de los estratos ancestrales de la inconsciencia para clamar por un retorno a lo primitivo, donde Brian W. Aldiss sitúa en última instancia la auténtica raíz del hombre. En «*El síndrome de Randy*» la rebelión contra el orden, deshumanizado y opresivo en extremo, reviste caracteres sorprendentemente originales y patéticos. «*La hipótesis victoriana*» es un relato de difícil recorrido —no carente de ironía— en el que el mundo objetivo y mundo subjetivo van trenzando sutilmente el esquema de una posible y desconcertante realidad. «*Desde el asesinato*» presenta una histo-

ria de política-ficción que discurre en una atmósfera distorsionada por las sensaciones excitantes, los alucinógenos y las situaciones de pesadilla. «*Intangibles Inc.*» —que figura en penúltimo lugar, si bien da título al libro— es una historia pequeña, pero terriblemente demoledora.

Planeta Neanderthal^[1]

Unas máquinas ocultas desplazaron los cinco axiomas del Centro de Indagación. Recorrieron una serie de sistemas arbitrarios, consistentes en grupos de conjuntos finitos kolmogorovianos, armónicamente contrapunteados por sus correspondientes acotaciones en números reales no-negativos, de manera que los sectores parietales variaron en rigurosa relación, proyectada por el Director Jefe Boff bajo el suelo de Manhattan.

El Jefe Indagador —que se asignaba a sí mismo el nombre de Euler— contemplaba pacientemente las modulaciones mientras esperaba una llamada. Firmeza de principios: ésa era la norma vigente. La que debía regir todas las facetas de la vida. Era el principio estético de las máquinas. No obstante, a menos de cinco kilómetros, los robots salvajes jugaban y alborotaban entre los arbustos.

Se encendió una luz ámbar en el panel beta.

Instantáneamente, moduló su número de identificación.

La señal recibida se tradujo en lo siguiente:

—Hemos detectado a Anderson, jefe.

Y el tableteo dio las coordenadas y dejó de transmitir.

Boff sabía cuánto les había costado —siete días— localizar a Anderson después de su fuga. Habían hecho lo lógico, yendo a buscarle muy lejos. Pero el hombre no actúa con lógica: Anderson había permanecido casi a la sombra del domo de Nueva York. Euler emitió un impulso por un canal de la Mente de la Colmena y detuvo la búsqueda.

Encendió sus propulsores y se elevó.

Los axiomas se abrieron por encima de él. Salió al exterior y sobrevoló los poli-poliedros de Nuevo Nueva-York. A medida que desfilaban las caras transparentes de los edificios, los iba viendo rebosantes de individuos de su propia especie. Con cualquiera de ellos podía establecer comunicación, si fuera preciso; y como jefe, podía, si preciso fuera, conectar el mando automático de cualquiera de ellos y someterlo a su propio control, lo mismo que los Dominantes podían automatizarle a él, llegado el caso.

Euler «vio» una señal complejo-sónica por debajo de él y descendió, desplegando una hélice para aterrizar silenciosamente. Descendió junto al semi-rastreador que había transmitido la señal.

Le dio a conocer su número de identificación y transmitió:

—Anderson está a ochocientos metros de aquí, Jefe. Si se une a mí nos pondremos en marcha.

—¿Qué apoyo tenemos? —preguntó, emitiendo un impulso simple y denso.

—Otros tres como yo, señor. Más el mecanismo de incapacitación.

—Ese hombre no debe ser destruido.

—Entendido, señor.

El intercambio de todos estos mensajes duró apenas un microsegundo.

Se pegó magnéticamente al semi-rastreador y emprendieron la marcha. El suelo era irregular y estaba lleno de montones de escombros, en cuya tierra crecía una maleza sucia. Al otro lado se alzaba todo el inmenso fósil del viejo Nueva York, todavía bajo su poderosa gelatina, gris, inmutable y deshabitado. Sólo los conglomerados multiformes de los nuevos complejos evitaban que el campo se llenara de desolación.

El semi-rastreador se detuvo, incapaz de seguir adelante sin delatar su presencia; Euler se soltó, conectó su propia fase y se sumió en la más completa transparencia. Extendió

sus cuatro patas telescópicas, que le elevaron varias pulgadas del suelo, y comenzó a avanzar cautelosamente.

A esta área se la denominaba Vertedero-D. La zona entera no era sino una meseta artificial formada por los despojos de la vieja tecnología humanoide, arrojados definitivamente a la basura cuando se adoptó el sistema moderno, más racional. En los cuarenta años transcurridos desde entonces, los habían cubierto con la tierra procedente de las nuevas obras que se habían construido.

Bajo esta tierra, como una memoria subconsciente repleta de joyas y sangre, yacía el bagaje de una raza casi extinguida.

Euler avanzó con precaución por el terreno quebrado ajustando las patas a sus irregularidades. Cada vez que notaba algún movimiento ante sí, se detenía a observar.

Sobre el vertedero había surgido una serie de casas del viejo tipo humano. La visión de Euler fue adquiriendo potencia, y vio que no eran sino burdas imitaciones de viviendas humanas erigidas sobre los desechos del vertedero, utilizando cristales de coches viejos para las ventanas, paneles abollados de computadoras para las puertas, y tostadores para las escaleras de la entrada. En el exterior de las casas, en lo que era una caricatura de calle, jugaba un grupo de macabros humots. Patatán ton patatán clonc clanc.

Ejecutaban lentas y rítmicas danzas complicadas, haciendo oscilar sus cabezas, dando palmadas con sus propias manos y volviéndose para darlas en las manos de otros. Algunos eran grotescamente machos; y otros, hembras igualmente grotescas. Los demás presenciaban la escena desde los umbrales de las puertas o sentados sobre viejas neveras.

Eran los humots: robots anticuados de fabricación humana de finales del siglo XX y principios del XXI, inservibles ya en un mundo totalmente automatizado, desechados junto con toda la chatarra de la vieja tecnología. Mientras con-

servaban su carga, seguían funcionando aquí, en el último reducto.

Euler pasó invisible por en medio de ellos, en busca de Anderson.

Los humots remedaban a la extinguida raza a la cual habían servido; vestían ropas humanas recuperadas de entre los despojos enterrados de basura, se ponían sombreros y bufandas, llevaban calcetines, lucían pipas, se peinaban con cola de caballo y se ataban lazos. Refrescaban sus memorias electrónicas con las películas que exhumaban del Vertedero-D; copiaban con sus gestos metálicos los movimientos de aquellas formas, aspiraban a experimentar sus emociones y anhelaban tener corazón. Se consideraban en un nivel superior al de los autómatas no-antropomorfos que les habían desahuciado.

Anderson había encontrado refugio entre ellos. Había ocultado su carne y sus huesos y su pelo de viejo metabolismo protoplasmático bajo un camuflaje de hojalata, cubriéndolo con una armadura de chapa herrumbrosa. Su silueta, de pie ante una especie de entrada, apareció inmediatamente en uno de los detectores internos de Euler; su relación masa/cuerpo delató su constitución carne-y-hueso. Euler se elevó, voló hacia él, hizo oscilar un paralizador y le pinchó. Luego desplegó una red y recogió al humano en ella.

Una tosca alarma sonó por todas partes. Los humots detuvieron su danza automática. Se dispersaron como hojas de árbol y, chirriando como un revoltijo de latas, huyeron a sus casas, regresaron a la tierra y dejaron el Vertedero-D a merced de la casi invisible figurita que, con su bordoneo, iniciaba su vuelo de regreso al Centro de Indagación con su presa humana recobrada balanceándose bajo su forma asimétrica. La vieja campana del vertedero continuó sonando aún mucho tiempo después de que el panorama quedara desierto.

Para unos ojos humanos, la estancia estaba a oscuras.

El Décimo Dominante se manifestó en Nuevo Nueva-York en forma de plano mural de modestas dimensiones, con titilantes intermitencias de energía a través del espectro electromagnético y demás, desde los invospectros. En esto consistió su personalidad, de momento.

El Jefe Indagador no había esperado que le llamaran a la presencia del Dominante, así que aguardó en silencio. El humano Anderson, rendido en el suelo junto a unas cuantas latas herrumbrosas que se le habían desprendido, se recobraba lentamente.

La señal del Dominante dijo:

—Visión humana opera de 4 a 7 veces 10^{-5} centímetros longitud onda.

Obedientemente, Euler manipuló en el tablero parietal, y la estancia se iluminó. Anderson abrió un ojo.

—¿Entiende usted de Hombres, Indagador? —dijo el Dominante.

Había hecho uso de la voz. Ni siquiera empleó voz R/T. Su voz fue directa, limpia, de tipo humano.

En Nuevo Nueva-York no se había oído una voz desde que los humots fueron expulsados.

—Sé sé muchas cosas sobre los Hombres —vocalizó Euler Aclaró su cruda señal vocal a través del canal de costumbre— Esta unidad tuvo que asimilar muchos datos referentes a los humanos en el Banco H00100 a través del H801000000 para operación concerniente a captura hombre aquí presente.

—Utilice sólo lenguaje vocal, Indagador; si puede.

Sí podía Durante la operación de captura había utilizado unos dos-punto-cuatro segundos en aprender el viejo lenguaje humano.

—Entonces podemos hablar confidencialmente, Indagador... exactamente como dos hombres.

Euler sintió que se le encendían lucecitas de inquietud por todo él, ante estas palabras.

—De todos los millones de autómatas de la colmena, Indagador, no habrá ni uno solo que pueda seguir nuestra conversación —vocalizó el Dominante.

—¿Motivo?

—Los Hombres fueron así de reservados, herméticos. Debemos imitarles para entender. Debemos entender a Anderson.

Euler dijo con sequedad:

—Éste sólo necesita regresar al zoológico.

—Anderson demasiado bueno para el zoológico, como demuestra su fuga, eludiendo captura siete días cuatro horas treinta minutos. Anderson nos ayudará.

Euler soltó un chirrido no-vocal de incredulidad.

—Cierto. Si yo fuera... Hombre, me sentiría impaciente como usted por no creer. Magnitud del problema mundial, enorme. Usted... usted tiene su propio número de identificación, pero quiere llamarse también Euler; los autómatas de su grupo de trabajo así le designan. ¿Por qué?

El Jefe Indagador pugnó por conceptualizar:

—Como dirigente, esta unidad necesita un número de identificación especial.

—Sí, lo necesita usted. Su grupo de trabajo no... para él su número de identificación es suficiente, como establecen los reglamentos. Su nombre de Euler es nombre humano, de estilo humano. Tales costumbres merman nuestra eficacia. Pero adoptamos muchas, con frecuencia sin saber que lo hacemos. Son nuestra herencia, de cuando los hombres construyeron los primeros prototipos de nuestra estirpe: los humots. El mismo género humano luchó contra su herencia animal. Y nosotros debemos liberarnos de la herencia humana.

—Es error mío.

—¿Recibió noticias sobre resultado exploración de hoy en Invospectro A?

—Hay demasiado trabajo programado para mí para recepción noticias.

—Escuche entonces —el Décimo Dominante conectó una transmisión diferida en visión/UHF ordinaria.

Los autómatas de la Colmena se hallaban al borde de una revolución que alteraría por completo todas las condiciones de su existencia. Hasta el momento, se habían descubierto tres invospectros y se sospechaba que existían otros dos. De todos ellos, el Invospectro A era el más prometedor. El virtual agotamiento de combustible fósil económicamente explotable había conducido a una rápida expansión de la física de bajas energías y de la pico-física; y las conversiones químicas a micro-julios de energía habían abierto un estrato enteramente nuevo de «quanta» reactivos; en los últimos cinco años, la explotación de dichos estratos había hecho posible la liberación de la fisión pico-electral y había dado acceso a los fantásticos invospectros.

Ahora era teóricamente posible explorar los invospectros por medio de nuevos tipos de autómatas. Esto abría una perspectiva de omnipotencia, un panorama de universales enteramente nuevo, insospechado doce años atrás.

Actualmente, se habían lanzado las primeras autonaves en el más rico y menos peligroso de los invos. Ochocientas noventa habían enmudecido. La comunicación había cesado al cabo de 3,056 pi-lecs; al cabo de otros 7,01 pi-lecs, sólo habían regresado seis unidades. Sus descubrimientos aún se estaban descifrando. De las ochocientas ochenta y cuatro unidades restantes no se sabía nada.

—Sea cual sea la información que nos den las grabaciones —vocalizó el Décimo Dominante—, este contratiempo es grave. Lo menos la mitad de las ciudades-colmenas de este continente tendrán que ser desconectadas como medida de prevención, mientras se reconsidera el estado de todo el invospectro.

El hilo del razonamiento resultaba oscuro para el Jefe Indagador, que dijo:

—Razonamiento aceptado. Pero su relación con cuasi-extinta humanidad no comprendida por esta unidad.

—La herencia humana contenida en nosotros ha ocasionado dicha anomalía, según mi proceso discursivo. Paralelamente, los intentos humanos por lograr una forma de vida espacial se vieron malogrados debido a su propia ascendencia. Por eso estudiamos a Anderson. De ahí la orden de capturarlo sin exterminarlo.

—Cuestión comprendida.

—Anderson es un hombre especial, entienda. Es... entre nosotros no existe tal concepto, pero en términos humanos es *escritor*. El zoo del que procede, pese a sus 19.940 habitantes, aproximadamente, tiene dos o tres ejemplares de éstos. Anderson escribió una historia fantástica poco antes de la Semana Nuclear. Esa historia puede ser decisiva para nuestra comprensión del problema. Yo la tengo aquí y quiero leerla.

Y durante la mayor parte del tiempo en que los aparatos estuvieron conversando, Anderson, tendido en el suelo en una postura dislocada, completamente consciente, se dedicó a escuchar. Su cuerpo ocupaba casi toda la habitación. Era demasiado reducida para poder ponerse en pie: tenía un metro y medio de altura, tan sólo... aunque resultaba inmensa en comparación con las proporciones normalmente empleadas por los autómatas. A través de sus párpados podía ver la pantalla que representaba al Décimo Dominante. Y contemplaba también al Jefe Indagador Euler, que le aprisionaba el puño izquierdo, ligeramente cerrado, y con una aguja retráctil clavada bajo la piel del hombre hacía lecturas automáticamente, atento a cualquier movimiento suyo. Así, el hombre y la máquina permanecieron absolutamente en silencio, mientras el cuadro mural leía la historia fantástica de Anderson, que databa de antes de la Semana Nuclear y se titulaba *Un rasgo Neanderthal*.

Los corredores del Departamento de Exploración Planetaria (Admin.) eran largos, y larga era la espera en ellos, también. El humano K. D. Anderson cogió su tarjeta azul de citas, se apoyó incómodo contra la pared, y echó de menos los viejos tiempos en que el gobierno estaba en manos humanas y los departamentos gubernamentales eran lo bastante civilizados como para habilitar espaciosas estancias para salas de espera.

Cuando finalmente fue introducido al despacho del Investigador estaba ya muy bajo de moral. Y no le tranquilizó la presencia del Investigador, uno de los nuevos mini-androides.

—Soy el Investigador Parsons, encargado del caso Nehru II. Le hemos citado aquí porque confiamos en que nos ayudará, señor Anderson.

—Naturalmente, les prestaré mi ayuda en lo que pueda —dijo Anderson—, pero le aseguro que no sé nada sobre Nehru II. Las oportunidades de hacer viajes espaciales son muy limitadas para los humanos... casi nulas hoy en día, ¿no?

—Es una medida de prevención. Tal vez le interese saber que va a ser enviado a Nehru II en breve.

Anderson se quedó mirando perplejo al androide. El rostro insignificante de este último era tan inexpresivo que parecía imposible no atribuirlo a una satisfacción sádica ante el sobresalto de sorpresa que se llevó Anderson.

—Yo soy arqueólogo del instituto —protestó Anderson—. Mi trabajo es la investigación. De Nehru II no tengo ni idea.

—No obstante, usted está clasificado como Hombre Científico y el Gobierno Mundial le paga como tal. Al Gobierno le asiste el derecho legal de enviarle adonde le plazca. En cuanto a eso de que no conoce nada acerca del planeta Nehru II, trata de engañarme. Uno de sus antiguos

maestros, el humano Dr. Arlblaster, como usted sabe, fue a establecerse allí hace algunos años.

Anderson suspiró. Había oído decir que esta clase de cosas le había sucedido a otros, y tocó madera. Los asuntos humanos iban quedando cada vez más bajo la autoridad de los Pronosticadores Automatizados Boffin.

—¿Y qué tiene que ver ahora Arlblaster conmigo? —preguntó.

—Usted va a ir a Nehru para averiguar qué le ha sucedido Dirá que le hace una visita en recuerdo de los viejos tiempos Ha sido elegido usted para este trabajo porque fue uno de sus discípulos predilectos.

Anderson sacó una cajetilla de mescahales, encendió uno y le ofreció otro insolentemente a su interlocutor.

—¿Se encuentra Frank Arlblaster en dificultades?

—Hay cierta clase de problemas en el Nehru II —concedió el Investigador cautamente—. Usted va a ir para averiguar qué es exactamente lo que ocurre.

—Bueno, como es natural, tendré que ir, si me lo ordenan Pero todavía no comprendo por qué tienen que enviarme a *mí*. Si hay problemas, que envíen una nave robot de la policía.

El investigador sonrió. Muy a la manera humana.

—Hemos perdido ya dos naves-patrulla allí. Ésa es la razón por la que le enviamos a usted. Puede llamarlo una nueva línea de aproximación, señor Anderson.

¡Un Pulgarcito de metal, empleando la ironía humana!

El sendero describió una curva y empezó a descender por el verde valle La polvorienta colonia de Sweettenham, única población de Nehru II, se hallaba enclavada en uno de los meandros de un río serpeante. En cuanto la proa del vehículo enfiló el valle, K. D. Anderson sintió un aumento de calor; la colonia se cobijaba en el valle como el agua en el hueco de la mano.

Justo cuando empezaba a sudar, apareció algo en el sendero cubierto de maleza que se extendía ante él. Frenó y se quedó mirando con asombro.

Un animal de pequeño tamaño se le había quedado mirando.

Medía unos dos pies y medio hasta el extremo de las paletillas; el pelaje de su cuerpo era espeso y velludo, sus cuatro patas eran toscas; su horrible y alargada calavera ostentaba dos cuernos, el primero de los cuales tenía más de un pie de largo. Después de mirar de hito en hito a Anderson, se internó en la floresta y desapareció.

—¡Eh! —voceó Anderson.

Abrió la portezuela de repente y saltó fuera, empuñó su revólver-paralizador y se internó en la espesura, tras él. Estaba seguro de que se trataba de una cría de rinoceronte lanudo.

El terreno era difícil, la maleza alta. La espesura se extendía por toda la ladera formando macizos boscosos. El animal iba a perderse en uno de estos macizos. Tan pronto como lo divisó, Anderson se internó en persecución suya. A ningún arqueólogo se le habría ocurrido hacer otra cosa: estas bestias se consideraban extinguidas ya, tanto en Nehru II como en Sol III.

Siguió corriendo. El rinoceronte lanudo —si es que era un rinoceronte lanudo— había tomado la dirección de la colonia Sweettenham. No veía rastro alguno de él ahora.

Al pie de la ladera se alzaban dos grandes rocas enhieatas de unos doce pies de altura. Desorientado, porque su presa había desaparecido, y caminando más despacio, Anderson se dirigió hacia las rocas. A medida que se aproximaba las iba clasificando casi inconscientemente: eran material de aluvión; transportadas hasta aquí en otro tiempo por los glaciares que descendían por el valle, ahora se iban desintegrando gradualmente.

En torno suyo reinaba un silencio que casi se escuchaba. Era éste un planeta casi vacío, primitivo, que giraba len-

tamente sobre su eje dando lugar a perezosos días de veintinueve horas. Días que amanecían casi siempre cubiertos de nubes. La colonia de Sweettenham, enclavada al pie de una cordillera, en las frescas latitudes del hemisferio sur, disfrutaba de un clima húmedo y suave. Incluso la gravedad, que era un 0,16 de la terrestre, contribuía a aumentar el sopor general.

Anderson dio la vuelta alrededor de las dos enormes rocas.

Un gran rostro feroz se plantó justo delante del suyo. Dos ojos como carbones le escudriñaron desde el fondo de sus cuencas; un garrote describió una curva en el aire, y el golpe hizo que le saltara el paralizador de la mano.

Anderson dio un paso atrás. Se puso en guardia, pero su adversario no dio muestras de seguir atacando, en vista de su éxito inicial. Y fue una suerte, porque bajo la camisa color canela que llevaba este hombre se dibujaban unos bíceps y unos hombros musculosos. Tenía la mandíbula agresiva, por no decir que era prognata. Un hombre de una pieza, pensó Anderson. Olvidó la cría de rinoceronte y adoptó una actitud conciliadora.

—No le perseguía a usted —dijo—. Estaba cazando un animal. Le habrá sorprendido el verme aparecer de pronto con una pistola, ¿eh?

—¿Eh? —repitió el otro. No parecía sorprendido. Alargó su brazo velludo y agarró a Anderson por la muñeca—. Tú venir a Sweettenham —dijo.

—Precisamente es lo que me proponía hacer —convino Anderson airado, zafándose—. Pero he dejado el vehículo en lo alto de la cuesta con mi hermana dentro; así que, si me dejas, voy a decirle que venga.

—Ocuparte de ella más tarde. Tú venir a Sweettenham —dijo el tipo fortachón. Echó a andar pesadamente hacia las casas, la primera de las cuales apareció entre los arbustos a un centenar de yardas de ellos. Humillado, Anderson no tuvo más remedio que seguirle. No era prudente discu-